

AMANECER

Asomada a la ventana contemplo el amanecer, como he hecho tantas y tantas veces. El monte con sus riscos, los robles empezando a brillar con la luz de la mañana, Las huertas cercanas con sus frutales, aún sin hojas, presagiando con sus brotes los frutos con que cargaran sus ramas, la hierba, vestida con gotas de rocío que brillan con los primeros rayos del sol. Escucho el canto de los gorriones, veo las cigüeñas afanándose en arreglar su nido. La naturaleza en su conjunto vibrando y viviendo. Como siempre, igual que siempre.

Las casas al lado de las huertas parecen dormidas. Solo un par de chimeneas, con su estela de humo, me indican que alguien habita en ellas. Son casas humildes, con su corral, su huerta, casas que aún destilan un soplo de vida. Hay también casas vacías, solitarias, arregladas con esmero como novias antiguas, esperando el verano para que alguien las habite.

En la calle silencio. Ni risas de niños, ni ruidos de carros, ni esquilas de vacas, ni conversaciones alegres de jóvenes en las puertas. Puertas cerradas en casas que durante siglos no tuvieron llaves. Si acaso el canto de un gallo madrugador, o el ladrido de un perro a lo lejos. Tampoco hay olor a hierba recién cortada, ni a roble ardiendo en la cocina, ni a garbanzos cociendo en ella con hojas de hortelana. Los habitantes del pueblo, los pocos que quedan, ya no madrugan. Se van haciendo viejos y los días son lentos. Las horas pasan muy despacio en este pueblo pequeño y moribundo, pero donde todavía se pueden encontrar los valores de siempre.

Me aparto de la ventana y contemplo la habitación. Sin embargo la que veo es la habitación de mi infancia, tal y como era cuando yo era niña. Paredes desconchadas, ventanas cuyas cortinas eran la maravillosa filigrana que la helada había tejido en ellas durante la noche. Siento la calidez de la humilde cama de mis padres, acogiéndome amorosamente, en aquellas mañanas del invierno cuando empezaba a sentir frío.

¡¡ Cuanta ternura se encerraba en aquellas humildes habitaciones!! Todavía puedo escuchar los ruidos lejanos de entonces, ruidos familiares que no desvelaban, sino que arrullaban mi sueño. Me parece que llegan también viejos olores, el olor a manzanas que inundaba la casa en el otoño, a hortelana, a hierba seca, el olor a orégano que inundaba la casa en tiempos de matanza...

Despierto a la realidad y entonces oigo a mi madre trajinar en la cocina como siempre. El badil ayuda a limpiar de ceniza la vieja cocina y el ruido conocido, chocando badil y cocina, es como el sonido de una campana, anunciándome que pronto el olor a café hará que baje las escaleras corriendo como hacía cuando era niña y que como entonces lo encontraré humeante encima de la mesa.

Algo empieza a cambiar dentro de mí. Comienzo a entender a los que no se quieren ir y pienso en el alto precio que hemos pagado por eso que llamamos una vida mejor.

Mi decisión estaba tomada. Hablaría con mi madre y una casa más se cerraría en el pequeño pueblo. La llevaría conmigo a la ciudad. Es mayor y necesita compañía.

Pero ahora, después de este amanecer, todo se tambalea en mi interior. No puedo hacerlo. No puedo arrancarla de lo que ha sido siempre su vida. Sería condenarla a un exilio que no merece. Y yo no puedo, no quiero, perder toda la ternura, toda la verdad, que he vuelto a encontrar desde mi llegada. Hace muchos años que no me sentía tan en paz.

La decisión, meditada, voy a cambiarla por otra. Y por una vez estoy segura que es la más acertada. No se cerrará ninguna casa en el pueblo. Mi madre seguirá en el lugar donde ha estado siempre. No se irá a ninguna parte. Seré yo quien cierre mi casa en la ciudad y venga a acompañarla.

O quizás, este amanecer me ha hecho comprender quien era la que en realidad estaba sola.

Andarina